

LO QUE APRENDO DE LOS QUE APRENDEN DE MÍ

DANIS CUETO VANEGAS*

RESUMEN

El secreto de la educación no está en lo que se enseña sino en lo que se aprende. Educar es un ejercicio circular, implica aceptar que quien aprende de uno, también nos enseña. Pero la escuela abandonó la idea de aprender de sus estudiantes, se desgasta en imponer una disciplina castrense y uniformar a los individuos en un mundo cada vez más plural.

Palabras clave

Educación, Disciplina, Uniforme, Tareas y Calificaciones escolares.

ABSTRACT

The education's secret isn't what you teach, it's what you learn. Educating is a circular exercise, which implies to accept that who you learn from also learns from you. But the school left the idea of learning from students, it just cares about to impose a discipline that takes away the authority and uniformate to the different persons in a world more different each time.

Keywords

Education, Behavior, Uniforms, Homework and School grades.

Recibido: Marzo 7 de 2013

Aceptado: Abril 10 de 2013

* Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad del Atlántico, Especialista en Educación y Gestión Ambiental, Magíster en Investigación Social Interdisciplinaria de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas y Doctorando en Filosofía de la Universidad Santo Tomás de Bogotá, D.C.

Como los caudillos militares, el capital se complace en borrar diferencias y uniformar a los hombres.

William Ospina

Cristóbal Arteta se levantó de su silla, un infinito punto circular que ocupó desde la primera hora de clase, miró su reloj y con un gesto de desconuelo constató la hora. Era un hombre pequeño, de cabello dorado y una gracia Caribe que lo hacía muy diferente del resto de sus compañeros de clases. Visiblemente cansado por el peso de tener a costas más de media centuria de años, sumado a las veintitrés horas de clases recibidas de las veinticuatro programadas, era el signo trágico de sus ojos desvanecidos. Miró hacia su costado derecho, ubicó su maleta de estudiante viajero, pasó revista por el aula y constató que el resto de los estudiantes, aunque cansados estaban atentos a las explicaciones del doctor Sopó. Así que sin más vacilaciones rompió el círculo, caminó hacia la puerta de salida, la abrió, apagó la luz, cruzó el umbral y la azotó. En la penumbra se escucharon grandes risotadas, luego otro estudiante encendió la luz y pudimos continuar la clase. Cristóbal Arteta volvió luego de unos minutos sin ningún estupor, tiempo después la clase terminó y subió a un taxi con dirección al aeropuerto. Ser joven, dice Fabián Sanabria, significa tener la capacidad de escandalizar. Cristóbal –como Lord Byron– escandaliza, es joven, no obstante su edad. Él no supo lo que hizo, treinta días después le pregunté y se mostró tan

sorprendido como el gesto que hizo el doctor Sopó después del penoso incidente.

Los jóvenes escandalizan, lo han hecho siempre. Hoy se apropian de cada uno de los espacios urbanos, escuchan y bailan ritmos musicales que extraen lo primitivo corporal y desatan los deseos, usan atuendos psicodélicos, han convertido el cuerpo en espectáculo, en él se exhiben toda suerte de colores y perforaciones, muestran públicamente sus ombligos, dejan ver sus zonas pudendas y exteriorizan en un acto sugestivo la ropa interior multicolor. Los jóvenes quieren tomarse la vida de un sorbo, porque quieren vivir todo enseguida, sentir ahora todo lo que hay que sentir, encontrar todas las virtudes y posibilidades carnales que el cuerpo ofrece, experimentar el culto al deseo corporal y vivir en función de un “*actuar emocional*”. Las nuevas generaciones se desinteresan de la política, la economía, la sociedad, etc., son como dice Lipovetsky, alérgicos a las normas y al orden instituido, no en el sentido anárquico sino más bien en ningún sentido, porque el pasado ha dejado de importarles, el futuro no se ha construido y el abandono y de-sencanto por el trabajo los ha liberado. Cuando el pasado es desestimado, el futuro, desdeñado y la explotación capitalista no interesa, la única opción es atrincherarse en el presente rindiéndole culto a la novedad, al cambio y a los impulsos primitivos. De sus escándalos tenemos que aprender.

El verdadero secreto de la educación no está en lo que se enseña sino en lo que se aprende, le escuché decir a Jesús Martín Barbero en uno de sus tantos momentos de lucidez prolífica, lo que hoy me hace creer que la escuela no aprende de sí misma ni de los que forma. Barbero se refería a la importancia de aprender del otro como un acto de respeto e ignorancia por aquel que, en buena hora, nos escandaliza. Es la famosa aporía de la *docta ignorantia* socrática. A través de ella, Gadamer cree que nos hacemos conscientes de nuestra finitud y limitación.¹ Aprender de todo aquel que aprende de nosotros es pensar en Joseph Jacotot, el profesor francés del siglo XIX, traído a nuestros ojos por Jacques Rancère a través de *El maestro ignorante*. Jacotot aprendió de sus estudiantes tanto o más como aprendieron de él, en tiempos en que estos eran vistos como una caja vacía a la cual había que llenar de información.

Dicen que aprender es connatural al hombre, así también lo cree Aristóteles en el Libro primero de su *Metafísica* y es probable que esta capacidad sea la que nos distingue de los otros seres vivos. «Se aprende de aquellos que aprenden de uno»,² creía Gadamer en las postrimerías de su larga vida y la historia humana parece otorgarle la razón. Hemos aprendido el conjunto de estrategias que nos condujo a la conquista del espacio

y a maravillarnos con Internet, pero también aprendimos a fabricar las armas más inimaginadas que ninguna especie viva ha sido capaz de elaborar. Aprender es muy peligroso, pues de la misma manera que nos garantiza la supervivencia ella misma supone la destrucción de la humanidad. Bien lo decía Borges: «ten cuidado con lo que escribes, si omites una palabra o escribes una de más puedes destruir el mundo», el lenguaje es tan peligroso como el más grande arsenal bélico, ambos los aprendimos de nuestra relación comunicativa con los demás. Tal vez esta sea la mayor paradoja del género humano.

Diógenes, el Cínico, tan enigmático como sus crudas sentencias contra el hombre, cuando iba a ser comprado le preguntaron: ¿Qué sabes hacer? «Sé mandar a los hombres» –respondió. Acto seguido, le decía al pregonero: «pregona si alguno quiere comprarse un amo». Jeníades, al escuchar esto, lo compró y lo hizo maestro de sus hijos. Enseñar lleva implícito la condición de iguales, William Ospina afirma que al que está por encima de uno se le obedece, al que está por debajo se le ordena, pero al que está en la misma condición de uno, se le enseña al tiempo que se aprende de él.³ Los antiguos creían que el círculo era la figura geométrica perfecta porque todos los puntos que conforman su infinita relación, están a la misma

1. Cfr. Gadamer, 1999.

2. Cfr. Gadamer, 1990.

3. Cfr. Ospina, 2012.

distancia del centro. De la misma manera, enseñar es un ejercicio circular porque todos, tanto los que enseñan como los que aprenden, nos encontramos a la misma distancia de lo que se desea aprender y enseñar.

Los estudiantes aprenden de quienes les enseñamos. Aprenden una amalgama de conceptos y teorías obsoletas que otros pensaron y que en la mayoría de los casos no tienen nada que ver con lo que ellos viven diariamente, aprenden a ser justos o injustos, rigurosos o desjuiciados, honestos o deshonestos, exitosos o fracasados pero también aprenden lo que no necesitan para la vida. Los estudiantes reprueban su año escolar porque no se apropian «repiten» estos conceptos y teorías pero nunca lo hacen porque son honestos o deshonestos, justos e injustos, respetuosos o vulgares. Parece que en este rincón del mundo no es importante «pensar por sí mismo» o ser honesto; las pruebas Saber son testimonio de la primacía de los obsoletos conceptos por encima de los requeridos valores. Tampoco parece importarle a la escuela, pues muestra más interés porque los estudiantes vistan el uniforme con rigor castrense, o tengan el cabello corto que desarrollar en ellos el valor de la honestidad. Nunca he visto que un estudiante pierda su año por ser deshonesto pero sí por tener el cabello largo o no cumplir con el uniforme escolar.

Este escrito se refiere a lo que aprendo de aquellos que aprenden de mí. Creo

que los uniformes escolares que usan mis estudiantes, son un disfraz, una máscara que oculta lo que realmente son ellos, un dispositivo –pensando como Foucault– de mentira que legitima la institución educativa a través de un conjunto de símbolos articulados de manera particular. No mostrarse como se es, es mentirse a uno mismo y a los demás, es la renuncia momentánea a quien se es en realidad mientras se obedece y se cumple la uniformidad escolar. Es solo una mentirilla que solo dura 8 horas al día, 40 horas a la semana, 160 horas al mes, 1.600 al año y perdura toda la vida.

Óscar Wilde en *La verdad sobre las máscaras* escribe sobre los disfraces que Shakespeare empleó:

Porthumus oculta su pasión bajo un disfraz de aldeano, y Edgard esconde su orgullo bajo los harapos de un idiota. Porcia viste como un abogado, y Rosalind está vestida, “toda ella, como un hombre”; gracias al saco de viaje de Pisanio, Imogenia se transforma en el joven Fidel; Jessica se escapa de casa de su padre disfrazada de muchacho, y Julia peina sus cabellos rubios con caprichosas patillas y se pone calzas y jubón; Enrique VII hace la corte a su dama vestido de pastor, y Romeo, de peregrino. El príncipe Hal y Poins aparecen, en un primer momento, de bandidos, vestidos de bucarán y después, con delantal blanco y justillos de cue-

ro, como mozos de una posada; en cuanto a Falstaff, ¿no es él acaso primero un merodeador, después una vieja, a continuación Herne el cazador y un hatillo de ropa que llevan al lavandero?

Las máscaras algo encubren. Los encapuchados de las universidades públicas inspiran desconfianza para los medios de comunicación porque esconden los rostros de los criminales, pero no desconfían de los lobos, disfrazados de ovejas, que cohabitan en el Capitolio Nacional, las altas cortes, los tribunales, juzgados, despachos, empresas privadas, multinacionales, etc. Las máscaras ocultan el rostro, uno no llega a saber quién está detrás de ellas, los uniformes son esas máscaras que impiden ver al que se esconde. Los estudiantes se ocultan cuando se uniforman.

Los uniformes van en detrimento de la honestidad porque mentir o mentirse uno mismo, también es deshonesto. Foucault afirma que «la escuela decimonónica es una heterotopía en crisis»,⁴ es decir, la escuela moderna, nuestras escuelas, son lugares comunes donde la vida humana se desarrolla pero en la cual se desvía su función y percepción. La vida juvenil se lleva en la escuela pero esta última preocupada por responder a una serie de contenidos y teorías desvió su interés, hoy no solo no enseña en la honesti-

dad y en la verdad sino que además se le olvidó enseñarles a los estudiantes la importancia de saber convivir con el otro, que la escuela es el espacio en el que se puede aprender a vivir con los demás, con el que es diferente a mí.

Los jóvenes no dejan de sorprenderme. Un buen día entró a la oficina del padre rector un estudiante. Había hecho antesala por más de dos horas, su rostro describía una ansiedad eterna, sus manos trémulas reflejaban la carga que le impedía conciliar el sueño y su mirada manifestaba el deseo de liberarse de ella. Aunque el padre rector tenía cosas muy importantes que hacer, al ver aquel joven se dispuso a escucharlo. El muchacho habló de muchas cosas, de esto, de aquello, de lo humano e inhumano. Después de unos largos minutos hizo una pausa profunda, miró al padre rector fijamente y le dijo: «soy bisexual y tengo miedo de contarle a mi familia». El joven solo cuenta con 15 años de edad, dijo que había sufrido en silencio desde que se descubrió a sí mismo, era un secreto que lo había hecho padecer muchos quebrantos de salud. No buscó a sus maestros para hacer su confesión porque les había escuchado decir que «este es un colegio masculino en el que formamos hombres, muy machos». Sus padres estaban esperanzados en que él hiciera sus estudios profesionales en el exterior, se casara y tuviera una familia. Otro día escuché a un maestro decir que la homosexualidad era una enfermedad. El hombre

4. Cfr. Foucault, 1984.

hablaba con otro colega en la sala de maestros, los interlocutores nunca notaron mi subrepticia presencia y hasta el día de hoy ignoran que fui testigo de tal conversación. El 31 de octubre pasado celebramos en nuestra escuela el día de la Colombianidad. El tema en esta oportunidad, giraba en torno a los 474 años de Bogotá, todos los que vivimos en este escenario escolar nos teníamos que disfrazar con atuendos y disfraces típicos capitalinos. Alguien propuso que los estudiantes vinieran vestidos con las camisetas de Santafé y Millonarios, idea que se abandonó porque muchos maestros no querían que los estudiantes «se dieran por la jeta». Las controvertidas posiciones del Procurador General de la Nación frente a la homosexualidad, las disonantes apreciaciones de un diputado de Antioquia con relación a los negros chocoanos o la solicitud de un concejal bogotano para conocer la condición sexual de los empleados del Canal Capital, en el plano nacional, superan las fronteras de la escuela, pero esta también es responsable de lo que es o no es la sociedad colombiana. Los adultos no me sorprenden.

Los uniformes escolares no solo son un dispositivo de mentira o de institucionalidad o de control y sometimiento, también constituyen la renuncia a la diferencia y a las múltiples singularidades que conforman el mundo de la vida. La escuela se volvió indiferente ante la diferencia privilegiando la uniformidad moderna, supone aún que el hombre sigue siendo la criatura per-

fecta, que todo gira en torno a él y que el planeta es su inagotable alacena. Sigue borrando –como los militares– las diferencias y uniformando a los hombres, lo que equivale a decir que:

Cuando ya no seamos más estos millones de rostros singulares expresando cada uno un pasado, un carácter y un alma, sino el mismo ser insensatamente repetido hasta el vértigo, habrá alcanzado su plenitud esta curiosa tendencia moderna que llama progreso a perder todas nuestras conquistas civilizadas, a diluir en unos cuantos colores impuestos la infinita variedad de los matices del espíritu humano (Ospina, 2012:46).

Uniformar estandariza al individuo. Tal vez sea por eso que la deshonestidad, la mentira y la corrupción sean tan generalizadas en este país. No quiere decir que las sociedades que abandonaron la idea de uniformar a sus jóvenes en las escuelas sean más honestas que aquellas en las cuales impera aún el uniforme, pero lo cierto es que en Colombia parece que están reunidos los más corruptos, al punto de creer que «la corrupción es inherente al ser humano» como opina el filósofo contemporáneo Guido Nule o pensar en reducirla a sus justas proporciones como afirmó el único doctor sin haber sido siquiera bachiller, Julio César Turbay Ayala. Creo que si bien los uniformes no son el único dispositivo que aviva la mentira, la deshonestidad y la corrupción por lo

menos sí constituyen uno de los primeros mecanismos en el que se activa su fuego.

El 21 de diciembre de 2012 la revista *Dinero* tituló su artículo editorial «Pobres muchachos: seis niños bien que hicieron las cosas mal». El artículo presenta una lista con los nombres de jóvenes y exitosos empresarios, proveniente de las mejores familias, estudiantes de los mejores colegios y universidades del país, por estar envueltos en los más grandes descabros financieros de Colombia: Carlos Eduardo Leyton Sinisterra (lavó dinero a través del sistema bursátil para el “Pato Madero”, un mafioso caleño), Tomás Jaramillo (fundador de Interbolsa), Daniel Ángel Rueda (descalabro de DMG), Andrés Piedrahita (terminó implicado en el escándalo de Maddoff), Carlos Quintero Quiroga (tesorero de Bavaria, desvió más de \$1.400 millones), Guido Nule Marino. La lista la completan los Pica, Uribe, Holguín y Michelsen. A esta se le pueden sumar los nombres de Tomás y Jerónimo Uribe con grandes cantidades de dinero depositados en un paraíso fiscal. El denominador común, escribe el articulista: «exceso de apalancamiento, codicia, ambición desmedida. Ninguno necesitaba engañar, robar ni estafar para ser exitoso en la vida. Pero muchos se comportaron como hampones, con el afán de enriquecerse de la noche a la mañana».

El futuro es desolador. Le pregunté con motivo de este escrito a 297 de

mis estudiantes si eran honestos, 14 dijeron que nunca lo habían sido, 79 algunas veces, 191 casi siempre y solo 13 dijeron ser siempre honestos. Frente a la pregunta: ¿Si alguien te da dinero a guardar lo tomarías en préstamo? 170 respondieron Sí, mientras que 127 dijeron NO. Todos ellos tienen el cabello corto y la gran mayoría cumple con el uniforme institucional. Hice público estos resultados, algunos colegas dejaron de hablarme, otros le restaron importancia a los datos y una pequeña minoría se mostró incómoda. Trabajo en una escuela de formación religiosa.

La vida de todos los días revela que la escuela se desgasta más en hacer que los estudiantes cumplan con su uniforme y tengan el cabello corto que en formarlos en el respeto, la responsabilidad y la honestidad. Décadas después confirma el triunfo de su formación escolar: «El niño creció, se hizo hombre, exitoso, bien vestido y con su cabello corto». De otro lado, la sociedad descubre que las nuevas generaciones de hombres y mujeres aprendieron a vestir pero no aprendieron a ser honestos. La aporía es reveladora: triunfa la escuela pero fracasa la sociedad.

Los defensores de los uniformes escolares sostienen que este protege a aquellos jóvenes en desventaja económica y social, porque homogeniza al tiempo que los coloca en las mismas oportunidades frente al saber, como si estos desconocieran que viven en un

país con una de las peores distribuciones de la riqueza del planeta o ignoran que existen muchos de sus congéneres que se acuestan sin comer o que existen pobres, ricos, homosexuales, lesbianas, bisexuales, vaciados, frustrados, fracasados, entusados, soñadores, corruptos, mentirosos, etc. La familia y la escuela «se empeñan en impedir que los jóvenes se enteren de que existe la enfermedad, la vejez y la muerte» (Ospina, 2012:53).

Los uniformes no borrarán las profundas diferencias socioeconómicas, políticas y culturales pero sí mantienen a nuestros jóvenes en una burbuja celeste que sus padres y maestros han creado para ellos. Nadie es igual a nadie. En el mundo de la vida, todos somos diferentes, lo cual quiere decir que entender la diferencia es el camino pedregoso para implicar al otro antes que explicarlo o definirlo. Nuestras aulas están colmadas de múltiples mundos diferentes, mosaico cultural que alegra la vida de todos los días en las instituciones educativas, suma de individualidades diversas que constituyen, probablemente, nuestra mayor riqueza.

Mentir y robar no es inherente al individuo. Fray Pedro Simón, cronista de Indias, en sus *Noticias Historiales* escribe que «los aborígenes de estos territorios ignoraban el hurtar y el mentir hasta cuando se los trajeron los españoles». Existía en estas latitudes prácticas severas para enderezar

la conducta de quienes hacían uso de la mentira y deshonestidad:

El código de los muiscas del zipa Nemequeme, imponía como castigo a quienes habían robado algo, quemarle los ojos con carbones encendidos, sanción espantosa pero que sin duda tuvo un decisivo influjo en la primigenia honradez de los indígenas, al punto que el propio Colón se mostró complacido con ella y llegó a dejar constancia en su diario de que eran fieles sin codicia de lo ajeno (Puyana, 2002:296).

El encuentro cultural de los norteamericanos con los europeos fue diferente. Los quáqueros practicaron una rigurosa moral y se mostraron intolerantes con la mentira, cosa distinta aconteció en el sur. La conquista española nos legó la herencia de la mentira, el robo, la avaricia, la viruela y tantas otras enfermedades de transmisión sexual que nos hacen ser lo que somos hoy. Quizás el primer dispositivo de mentira se consolidó a través del proceso de evangelización, pues a «palo y sangre» los conquistadores españoles cristianizaron a los aborígenes, quienes para evitarse las tundas doctrinarias, decían creer en el Dios occidental aunque luego en sus resguardos apostataran de él. Los indígenas no encontraron otra alternativa a la dominación que mentir para sobrevivir. En este sentido, el proceso de independencia que terminó con nuestra emancipación definitiva de

España, también fue una descolonización de imaginarios. Dice Emilio Yunis que «el mestizaje nos hizo ladinos, avivatos, proclives al tajo».⁵ Lo que comúnmente llamamos «malicia indígena» no fue más que la forma de resistencia ante la dominación española, pero hoy se ha convertido en un flagelo que desgasta la honradez y es el atajo para explicar por qué somos así.

Otro dispositivo de mentira en la escuela son las tareas. Estas se han convertido en un lastre para los sujetos escolares, no desconozco su importancia educativa para la formación de los jóvenes, pero la extensión de algunas o el sinsentido de otras conlleva a transitar peligrosos terrenos. En muchas ocasiones quienes las hacen son los padres de los menores y estos últimos las presentan como si las hubieran realizado ellos. En estricto sentido, cuando presento a mi nombre algo que no he elaborado, también es un acto de deshonestidad. En otros casos, el «*copypaste*», la nueva metáfora de la mentira en las instituciones educativas, son el resultado del sinsentido de las tareas escolares. En últimas, los estudiantes se valen de cualquier «*pilatuna*» para cumplir con las molestas tareas, lo que me hace pensar que debemos buscar otras alternativas, más creativas, para que los estudiantes realicen sus tareas sin alimentar el fuego infernal de la mentira

que carcome la sociedad. Privilegiar el trabajo colectivo para resolverlas conjuntamente en el aula de clases o pensar qué tareas, el porqué así como el para qué de ellas, son preguntas que me he formulado cuando veo a mis estudiantes copiar, generalmente del más juicioso, sin ningún pudor, de un cuaderno a otro para luego presentármela. No es una práctica cotidiana, porque lo cotidiano siempre es nuevo, peor aún, es un hábito generalizado y rutinario al cual nos hemos acostumbrado quienes las colocamos y quienes las realizan.

Aprendí de Juan David Castaño, uno de mis estudiantes de 16 años, que las calificaciones y valoraciones numéricas con las cuales nosotros valoramos sus desempeños, constituyen otro dispositivo de mentira. Cuando le pregunté el porqué de su afirmación, me dijo que «las buenas calificaciones siempre vienen acompañadas de un premio, bien en la escuela o bien en el hogar; las malas traen consigo un castigo y uno hace cualquier cosa para obtener las mejores notas». Lo que Juan David afirma no es descabellado, el principio moderno «el fin justifica los medios» sigue presente en nuestras vidas, se atrincheró en la escuela y se apoderó de la sociedad. Las calificaciones generan competencia, como Aquiles contra la tortuga, clasifican y excluyen.

Ahora bien, evaluar no es calificar de la misma manera que educar no es enseñar. Ambas acciones aunque

5. Cfr. Yunis, 2004.

se circunscriben en el contexto escolar implican análisis más complejos y menor racionalidad “moderna”. La primera requiere superar el umbral de lo *isqual* e *isquam* así como la supremacía del evaluador sobre el evaluado, mientras que la segunda no es reductible al aprendizaje de saberes objetivos sino que es un proceso trascendente. El acto de cuantificar lo que el estudiante aprende, como en un sistema de medidas unívoco, es un suceso de creación de la modernidad mediado, primero por el auge de las matemáticas y luego por el imperio de la física cuántica, en un contexto en el que la especialidad disciplinar condujo al individuo a responder solo por la disciplina de su formación ante el maestro poseedor del saber. Este saber fracturado alejó al hombre de la integralidad tan característica en la antigüedad clásica y del Medioevo feudal e hizo que la educación fuera concebida como un principio individual y no como un proceso social. En consecuencia, un estudiante que perdía un año escolar se presentaba como un sujeto no educado. El colapso de la modernidad implica repensar la evaluación y la educación en un sentido horizontal fraterno y no en sentido vertical descendente, porque el estudiante no es más un receptáculo al cual hay que llenarlo de información y datos, sino por el contrario, es un agente activo que produce conocimientos y demanda participar de la evaluación que se realiza de él.

Creo que el fracaso de la sociedad es

el fracaso de la escuela pero esta no es la única responsable. Gadamer (2000) afirma:

Todo lo que demanda la vida en su conjunto, acontece también en las clases. El pobre maestro ejerce una función muy modesta si pretende influir en este proceso. Allí donde el hogar ya haya fracasado por completo, normalmente tampoco el maestro tendrá mucho éxito (p. 20).

En el ámbito familiar se incuban los principios, valores y prácticas que luego, como costumbres, harán eclosión en la sociedad. Si la formación familiar fracasa poco es lo que la escuela puede hacer. El ejemplo en casa es muy importante: expresiones como “Deje así”, “Dígale que no estoy”, “Es malicia indígena” han hecho carrera en los hijos, son verdaderos dispositivos de mentira y de deshonestidad que se presentan con inusitada inocencia pero encierran una carga semiótica que resiente a la sociedad. Los 11 años que vamos a la escuela son decisivos pero antes de llegar a ella vivimos cosas igual de trascendentales para nuestras vidas, estas acontecen en el seno familiar, por ello la importancia del ejemplo en casa. W. Ospina refiriéndose al peso del ejemplo, recuerda que Edward Gibbon en *La historia de la decadencia y caída del imperio romano* dejó en claro la pasión de los emperadores:

Con Tiberio subió la perfidia, con

Calígula la crueldad, con Claudio la pusilanimidad, con Nerón el narcisismo criminal, con Galba la avaricia, con Otón la vanidad, y así se sucedían en el trono los vicios, hasta que llegó Vitelio y con él se extendió sobre Roma la enfermedad de la gula. Pero un día llegó al trono Nerva, y con él se impuso la moderación, lo sucedió Adriano y con él reinó la tolerancia, llegó Antonino Pío y con él la bondad y finalmente con Marco Aurelio gobernó la sabiduría (Ospina, 2012:15).

El poder del ejemplo lo tienen los padres, los maestros, los dirigentes y los medios de comunicación. Realmente los jóvenes no tienen mucho de donde escoger: Los padres no les enseñan a ser honestos, sus maestros están preocupados por cumplir con los contenidos, la clase política se deslegitima cada vez más y los medios se volvieron expertos en mentir. Tal vez por ello María Jimena Duzán refiriéndose a la alianza macabra de Víctor Carranza con la clase política, los magistrados y la Iglesia afirma que «somos una sociedad tan degradada que ya ni siquiera los obispos distinguen a las personas buenas de las malas». Entre tanto, la escuela empecinada en imponer una disciplina castrense a sus estudiantes, olvida que esta engendró los más tenebrosos totalitarismos del siglo pasado. Robert Kiyosaki en *Si desea ser rico y feliz no vaya a la escuela*, critica la función escolar porque privilegia la memorización

como sustituto del pensar, transmite a sus estudiantes conocimientos para volverlos obsoletos, no privilegia el emprendimiento y reprime al estudiante que se equivoca. Cuando Zenón de Elea presentaba en Atenas su aporía para negar el movimiento, en la parte de atrás del auditorio Diógenes, el Cínico, se paseaba de un lugar a otro sin pronunciar palabra refutando al eleata. De la misma manera, las consideraciones aquí expuestas están sujetas a los cuestionamientos y a la crítica que las harán más fecundas, nacidas de las entrañas de lo que aprendo de quienes aprenden de mí, de la pasión de Cristóbal Arteta por la historia, de Gadamer y su centuria al servicio del conocimiento y de «Papi quiero piña» y «Las piedritas»⁶ del doctor Ángel María Sopó.

Creo que la escuela con todo lo dicho y los defectos que le reconoce Kiyosaki, es uno de los mejores lugares del universo. Lo descubrí desde mis primeros años de vida cuando mi madre me llevaba de la mano a una casita encantada y que ella le llamaba «escuela», luego descubrí que todo el mundo le llamaba de la misma manera que mi madre, yo prefiero seguir creyendo que es una casita encantada. En ella, después de garabatear mis primeras palabras aprendí a leer y hoy creo que lo mejor que me ha pasado en la vida

6. El primero, es un trabajo inédito sobre hermenéutica y el segundo, constituye una reciente investigación sobre los monolitos de San Agustín (Huila), adelantados por el doctor Ángel María Sopó. Mi maestro de Hermenéutica.

fue haber aprendido a leer. No concibo un solo día sin hacerlo. A través de la lectura descubrí que la palabra *Bujía* proviene de una ciudad argelina del mismo nombre, célebre en la antigüedad por la cantidad de cera que producía para la elaboración de velas y madriguera de piratas árabes hasta 1510. Aprendí que *campana* proviene de la provincia romana Campania, conocida por tener el bronce con el que se fabrican los tintinábulo. Leí que la palabra *pistola* descende de una ciudad italiana de nombre Pistoia, situada a pocos kilómetros de Florencia y recostada a las faldas de los Apeninos. Esta ciudad, durante la Edad Media fue escenario de encomiados odios entre blancos y negros. Tanto los unos como los otros, en este ambiente de lucha y hostilidades, ingeniaron diversas estrategias para defenderse y atacar al adversario. De esta manera, los pistoyanos inventaron unos pequeños puñales *Pistoyers* o *Pistolets*, nombres que por transferencia tomó el arma de fuego. Entendí que la palabra *salario* denotó, en otro tiempo, la cantidad de sal que se pagaba por un trabajo, descubrí todas las palabras que aparecen en este escrito y me enamoré para siempre de Diana Patricia Amador. En la escuela aprendo más de lo que enseño.

Bibliografía

- Foucault, M. (1984). *Los espacios otros*.
- Gadamer, H. (1990). *Verdad y método*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Gadamer, H. (1999). *La herencia de Europa*. Barcelona: Ediciones Península.
- Gadamer, H. (2000). *La educación es educarse*. Barcelona: Paidós.
- Kiyosaki, R. (2009). *Si desea ser rico y feliz no vaya a la escuela*.
- Lipovetsky, G. (1990). *La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Ospina, W. (2012). *Es tarde para el hombre*. Bogotá: Mondadori.
- Ospina, W. (2012). *La lámpara maravillosa*. Bogotá: Mondadori.
- Puyana, G. (2002). *Cómo somos los colombianos*. Bogotá: Quebecor World.
- Virilio, Paul (1997). *El ciber mundo, la política de lo peor*. Madrid: Cátedra.
- Yunis, E. (2004). *Por qué somos así*. Bogotá: Ed. Temis.